

La Revista Blanca



Colaboradores

Soledad Gustavo
Luisa Michel
Pedro Dorado
F. Giner de los Rics
Juan Gine y Partagas
Pompeyo Gener
U. González Serrano
José Esquerdo
A. Sanchez Pérez
Fernando Tarrida

Francisco Salazar
Manuel Cossío
Carlos Malato

Miguel Unamuno
Anselmo Lorenzo
Fermin Salvochea
Ricardo Mella
Jaime Brossa
Ricardo Rubio
Pedro Corominas
Nicolas Diaz y Pérez.
Nicolás Estévanez
Doctor Boudín
Donato Luben
P. Kropotkin
Elíseo Reclus

Gereme,

Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDIU, 1

Madrid.

Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, a 2 ptas. uno
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.
ELEMENTOS DE ANARQUÍA, por G. C. Clemens, 40 céntimos.
SANTOS CASERIO, por Pedro Gori, 20 céntimos.
EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, por Nicolás Díaz Pérez, 2,50 pesetas.
Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.
JOSÉ MAZZINI, por el mismo, con un prólogo de Pi y Margall, 1 25 pesetas.
DE LA INSTRUCCIÓN, conferencia sobre la enseñanza laica, por el mismo, 2 pesetas.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 51 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUÍA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
¿DÓNDE ESTA DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOS, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN KOCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año IV—Núm. 84

Administración: Cristóbal Bordín, 1, Madrid

15 Diciembre 1901

SUMARIO

Sociología.—*La educación integral*, por Pablo Gourmand.—*No hay dogma económico*, por Anselmo Lorenzo.
Ciencia y Arte.—*Ejercicios de velocidad*, por Fernando Lagrange.—*En un mundo esclavo*, por Máximo Gorki.—*Crónicas de Arte y de Sociología*, por Pérez Jorba.—*La luz*, por Mauries Donnay y Lucien Descaves.—*El Arte dramático*, por Federico Urales.
Recepción general.—*La muerte de Pi y Margall*, por R. Mella.—*Fisiología del obrero libertario*, por J. Barcoñ Olosa.

SOCIOLOGIA

La educación integral

Desde hace algunos años se ha establecido por el mundo una corriente utilitaria que barre cuanto encuentra á su paso; la humanidad, con razón ó sin ella, se imagina que el dinero es el objeto final de la vida y que todos los esfuerzos del individuo deben tender á este fin. Así, como consecuencia lógica de esa fiebre de oro, vimos desarrollarse entre los educadores de los pueblos una inclinación mórbida y malsana por los estudios puramente científicos, por los conocimientos de orden técnico, inclinación que no ha contribuido poco á encorvar á las naciones hacia la tierra y hacerlas olvidar el ideal, sin el cual es imposible el progreso. No pretendo denigrar las ciencias; las debemos demasiado para hablar mal de ellas; pero las ciencias, ora experimentales, ora positivas, iluminan sólo una parte del alma humana, dejando la otra mitad en las más profundas tinieblas. La imaginación y la sensibilidad, que se relegan á la sombra, son dos factores tan importantes á la vida intelectual como la razón y el juicio; descuidar su cultura es condenarse de antemano á no recibir más que una educación incompleta, educación que, ante todo, desarrollará el egoísmo y la indiferencia por los sufrimientos de los demás.

Sin embargo, no basta afirmar; es preciso probar. Pongamos un ejemplo: tenemos un hombre joven, al que supondremos dotado de facultades medianas; sometamos este espíritu vulgar á un severo tratamiento científico; iniciémosle en las teorías de la evolución y de la selección natural; enseñémosle á examinarlo todo, á estudiarlo todo con la aplicación del método experimental; enseñémosle á juzgarlo todo con un rigor matemático. ¿Le quedará mucho sitio en su alma para los sueños generosos, para los entusiasmos fértiles, en invenciones? Yo me permito dudarle, y mucho temo que al oír exponer doctrinas humanitarias, basadas en la justicia, el derecho y aun alguna vez en la utopía, no haga levantar desdeñosamente los hombros de este hombre eminentemente práctico, con cerebro cargado de números y que lo discutirá todo con la lógica de un matemático que va á demostrar un teorema. El hilo de la poesía debe perderse en medio de las secantes y de los círculos. No faltará quien me diga ¿y los Bacon y los Descartes? Aquellos eran

pensadores de doble genio. Todo filósofo es, necesariamente, poeta, ya que por la hipótesis crea un sistema, y la hipótesis es obra de la imaginación. La educación popular se ocupa del montón y no de lo selecto. Por otra parte, regularmente, estos hombres prácticos no ven en la ciencia más que la ciencia misma. Este hermoso papel le estaba reservado á nuestro tiempo de especulaciones venales y de apetitos mercantiles. Y está, por cierto, bien representado.

La educación utilitaria, que cada día hecha más raíces en todos los pueblos, tiene por único fin enseñar lo que puede servir á la industria y al comercio, y por esto forma sólo individuos ó colectividades aptas para ganar dinero. Y de una educación utilitaria nace una generación utilitaria, practicando una moral utilitaria también. Actualmente ¿hay otra moral? No lo creo.

Los procedimientos éticos son diferentes de los procedimientos cósmicos reducidos á sistema por la ciencia. Mientras la naturaleza evoluciona por selección natural, es decir, por el triunfo de la fuerza bruta, ciega, inexorable, la ética sigue su ruta larga y difícil á través de las edades, encadenando la fuerza al carro de la justicia y del derecho. Mientras la una obedece á la ley incua de lo más conveniente á la vida, la otra propaga la abnegación. Y por la práctica de ésta, la humanidad llegará á la meta del progreso, á la tierra prometida, donde sólo reinen la Justicia, el Amor y la Verdad. El reformador, el utopista (empleamos el lenguaje despreciativo del siglo), no calcula, sueña. Sueña hasta lo que sus sueños le presentan como visiones y que, cual nuevo profeta, él los canta en un verbo magnífico, arrastrando con su palabra á los pueblos más obcecados. Pero para que las palabras no caigan en terreno estéril, es preciso que las multitudes estén preparadas para entenderlas, que tengan algunas nociones de lo bello, que la imaginación esté despierta; en una palabra, es preciso que sus facultades estéticas estén en parte desarrolladas. ¿Cómo conseguirlo? De ello vamos á hablar. Este asunto nos basta para establecer aquí que una enseñanza puramente científica, ó más bien utilitaria, no puede contribuir al progreso físico de las razas, y que llamando únicamente á la materia, nos es muy difícil elevarnos hasta las alturas de la filosofía trascendental y especulativa.

Nos hallamos en la alborada del siglo XX; la ciencia, desde el pasado, marcha á pasos de gigante; cada día aporta nuevas conquistas; conocemos una buena parte de los secretos de la naturaleza; el dominio en que la actividad humana puede ejercitarse hoy, es casi triple del de hace cien años. Pues bien, á pesar de esto, ¿hemos andado mucho por el camino que nos lleva á la felicidad? Sabemos mucho más que antes, pero en cuanto á aliviar nuestros sufrimientos morales, sabemos bien poco. Predicamos á los hombres más derechos, sin ponerlos en condiciones de alcanzarlos; hemos analizado la materia, sin descubrir su esencia; la razón pura es lo que era hace mil años. Porque la ciencia es impotente para suscitar el espíritu de sacrificio, creador de las grandes abnegaciones y de las sociedades nuevas, hemos de pedirselo al arte, al entusiasmo, y para alcanzarlo es menester elevar á las masas hasta la comprensión de lo bello.

Pero para llegar á tal resultado. ¿cómo se debe proceder? A fin de examinar la cuestión desde su verdadero punto y poner este problema difícil lo más claramente posible, debemos decir que todo consiste en empezar de nuevo otro sistema de educación. Meter en el cerebro de los niños materias indigestas, hacerles repetir hechos históricos sin haberles explicado antes las causas y las consecuencias, no es más que un trabajo de memoria. Enseñar dibujo práctico á los jóvenes de ambos sexos, sin haber despertado en su inteligencia el sentimiento euritmico de las formas y la idea del orden eterno de la naturaleza; hacerles descifrar el solfeo sin antes haberles iniciado, al menos en parte, en las mis-

de la vida debe tener un fin práctico; ¿le censuraremos por seguir nuestros consejos? Se le ha enseñado que su nación era la primera, la sola en el mundo; ¿le reprocharemos que menosprecie las otras? Se le ha dicho que el orden social existente era tal como debía ser, y él desconfía de los utopistas y cree sueños fútiles y concepciones de locos la hermosa aspiración de la federación de los pueblos y la paz universal por la Justicia y el Derecho... No, este joven y esta joven, con sus ideas estrechas y egoístas, con sus prejuicios de casta y de raza, son como la educación bastarda de nuestros días ha querido que fuesen. De suerte que es el sistema lo que es preciso cambiar, es una reforma total la que es menester llevar á cabo. Hoy el tiempo no puede prorrogarse más; es preciso marchar adelante y seguir la corriente de las ideas, que cada día se acrecienta más; es preciso mirar el problema de frente para encontrar la solución. La instrucción pública y gratuita ha hecho más mal que bien, porque no ha sido comprendida; no se ha buscado desarrollar las facultades del niño, sino adornarlo de toda especie de cosas, sin cuidarse de las aptitudes especiales del individuo y sin mantener el equilibrio mental de la inteligencia.

¿No ofrece esto un peligro serio? ¿No debe temerse que los principios de la ética, que están estrechamente ligados á la estética, sólo se desarrollen en embrión en una inteligencia egoísta y eminentemente práctica? El egoísmo, la indiferencia á todo lo que no se relacione con un beneficio particular, me parecen una de las consecuencias inmediatas de la educación utilitaria. Pero si el egoísmo y la indiferencia no son obstáculos al avance de las ciencias, oponen una barrera infranqueable á todo progreso moral y social que tiene por condición primera la abnegación, el desinterés, el olvido de sí mismo en provecho de la humanidad. Esto sentado, ¿cómo conducir las masas á la comprensión de lo bello! La labor del educador popular se hace aquí más ardua y difícil, pero es menester romper con todos los prejuicios, derribar todos los principios recibidos y que se ha convenido en llamar respetables, porque han permitido á la clase improductiva enriquecerse, sin trabajo intelectual ó manual, en detrimento del proletariado productor. Con este sistema de enseñanza pública se ha cometido el error grosero de confundir *la instrucción con la educación*, y el *cansancio intelectual con el desenvolvimiento racional y gradual* de las facultades del individuo. Este sistema irregular debe desecharse por completo, y puesto que las enmiendas no han de servir, demolamos el edificio, que amenaza ruina, para construir uno nuevo.

La enseñanza integral del pueblo debe dividirse en tres períodos, distintos y completos cada uno en su esfera respectiva: la educación antes de la entrada en la escuela; la educación durante la estancia en ella, y la educación después de la salida. Hasta aquí se conocen tres grados de instrucción: primaria, secundaria y superior; estos diversos grados corresponden á distintas fases de conocimientos.

Según lo expresado, yo pregunto á los defensores de esta educación ilógica y arbitraria: ¿Han creído seriamente que la ciencia, la literatura ó el arte pueden servirse en tajadas, repartidas á los hombres según su apetito ó su clase en la escala social? Me parece oír que no se puede dar á todos la misma educación, pues no habría más oficiales, obreros ni peones si cada uno supiera tanto como su vecino. Precisamente me declaro en contra de esta aseveración. Yo sostengo que es la ignorancia quien ha envilecido el trabajo manual, y que cuanto más desarrolladas estén las facultades estéticas del espíritu humano, mayor nobleza encontrará éste en realizar la más humilde labor. ¿Acaso el ilustre William Morris, inmortal cantor de *El Paraíso Terrestre*, no fué encuadernador y vendedor de papeles pintados? ¿Acaso el gran Ruskin, uno de los más grandes apóstoles de la religión de la belleza, no ha reclamado constantemente la educación artística del pro-

letariado? ¿Acaso los artesanos de la Edad Media no llevaron á tal perfección varios oficios, que pudieron entrar en la categoría de artistas? Lejos, muy lejos de reducir el número de obreros, de peones y de artesanos, la enseñanza integral parece destinada á acrecentarlos. Cuando el hombre, preparado distintamente por la nueva pedagogía, comprenda que todo trabajo debe exteriorizarse, por decirlo así, esto es, debe ser útil á la generalidad, le darán vergüenza las operaciones financieras que enriquecen á los especuladores afortunados, sin un gasto proporcional de actividad; sabrá que el humilde trabajador que remueve y transporta tierra; que el labrador, curtido por el sol y el viento, que labra el surco; el aserrador, que asierra los árboles, cada uno en su oficio respectivo, son más útiles á la comunidad que el oficinista, encorvado sobre su escritorio, alineando números, y que el político, que abusa del populacho ciego. Porque el camino que repara el trabajador servirá para todos los transeuntes, el trigo que siembra el sembrador será pan para todos los hombres, la tabla que asierra el aserrador servirá para la construcción de las casas, pero los números que suma el oficinista, sólo enriquecerán á su amo, y las frases que declame el político no servirán más que á su ambición personal... Admitido este primer punto: ¿cómo proceder para inculcar á los pueblos nociones generales?

Partiendo de la hipótesis de que la ciencia, la estética y la moral están estrechamente asociadas entre sí, y siendo la última corolario de las dos primeras, desarrollando éstas obtendremos aquélla. El primer periodo de la educación integral, antes de la entrada en la escuela, se empleará, por una parte, en despertar en el niño el deseo de conocer; por otra, en formar su sentimiento estético, colocándolo, continuamente, en presencia de la belleza bajo todas sus formas. El segundo estará consagrado á proveer al niño de los medios necesarios para comprender, juzgar, inducir y deducir. La tercera fase de la educación propiamente dicha se continuará durante toda la vida. El adolescente, cuyo sentimiento artístico ha despertado, y que siente una curiosidad científica natural, cuidadosamente desarrollada, si posee los conocimientos elementales necesarios á todo estudio, no volverá á caer en la ignorancia y pasará una existencia de progreso útil á la humanidad y á sí mismo.

PABLO GOURMAND

No hay dogma económico

Sanciona el código la propiedad en la forma en que actualmente está constituida; niégala su sanción la ciencia, señalando á su origen principios diametralmente opuestos á los que la atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho, que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen, por natural consecuencia, á penosa crisis, que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente á la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas, que tienen preocupaciones, ideas é intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo

recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vegeta en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado, se hallan estas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales anteriores al hombre y por consiguiente anteriores á la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia ó en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia ó de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia á la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador, ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarse la primera como acaparadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *hercu* social, privando de la justa participación á todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los le-gistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos éste que en tan grande oposición se halla con la verdad y la justicia, y que además es causa de males innumerables, de infinitas víctimas, y promete, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, sustituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista venal ó adulador, combatimos con no menos energías los paliativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños los acaparadores y explotadores de todas las posiciones, y seguros de que no serán desalojados de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tendencia natural al mejoramiento propio, predicán el ahorro, prometiendo á los que lo practiquen constantemente la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoísmo para contener la masa de los desheredados, predicán también la caridad, y amalgamando así el egoísmo y el altruismo se produce un compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y cómplices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al individuo á cometer actos de insolidaridad; respetamos la caridad, no en su sentido místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por

sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes, sino encubridores y causantes de grandes males, cuando sirven de reparos y paliativos á injusticias trascendentísimas.

En pugna con esa hipocresía admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió á decir que el que no encontrase cubierto para sí en el banquete de la vida no tenía derecho á quejarse sino á morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detenga en tan noble propósito los vanos respetos de que pretenden rodearse el error y el vicio arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse á afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que éste todo individuo lo tiene aun en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes á todo dogma para proporcionar prosélitos á la ciencia y con ellos allegar elementos á la obra de la transformación social.

ANSELMO LORENZO.

CIENCIA Y ARTE

Ejercicios de velocidad

Hay un punto particularmente digno de estudio en la fisiología de los ejercicios de velocidad: el gasto excesivo de influjo nervioso que ocasionan. La velocidad en los movimientos exige, de parte de los centros nerviosos, un aumento de trabajo, que puede, en mi opinión, explicarse satisfactoriamente por los hechos fisiológicos que vamos á exponer.

El músculo no obedece jamás *instantáneamente* á la voluntad que le ordena un movimiento. Este hecho fué puesto en evidencia por Helmholtz en 1850. Este fisiólogo demostró que, excitando por medio de una descarga eléctrica un punto dado de los nervios motores, se observa siempre un intervalo apreciable entre el instante de la excitación del nervio y el de la contracción de los músculos á que esta excitación es llevada. Este «retraso» es debido, en parte, al tiempo que emplea la excitación en caminar á través de los nervios; pero, teniendo en cuenta la duración de este trayecto, que se ha podido medir exactamente, se ve que queda todavía una fracción de tiempo apreciable, durante el cual el músculo, ya tocado por la excitación eléctrica, no ha entrado aún en contracción.

Helmholtz ha dado el nombre de *tiempo perdido* á este período de silencio, durante el cual el órgano motor, habiendo ya oído el llamamiento de la voluntad, no ha respondido aún con un movimiento.

Diversas condiciones pueden hacer variar la duración del tiempo perdido, y hacer más lenta, ó más pronta, la obediencia del músculo á la excitación recibida. Entre estas condiciones, las unas son inherentes al músculo y pueden resumirse en una sola, que es la *excitabilidad* más ó menos grande que presenta; las otras dependen del agente excita-

dor del músculo, y están subordinadas á la intensidad más ó menos grande con que este agente hace sentir su acción.

La condición más eficaz para abreviar el «tiempo perdido» es la intensidad de la excitación recibida por la fibra muscular. Supongámoslo puesto en acción el órgano motor por una corriente eléctrica; siendo el tiempo perdido dos centésimas de segundo, por ejemplo, con una fuerza eléctrica representada por 1, se reducirá su duración á una centésima de segundo si se duplica la intensidad de la corriente. Supongamos ahora que el excitante del músculo sea la voluntad; la misma ley será aplicable á la duración del tiempo perdido, y éste será tanto más corto, cuanto más fuerte sea la excitación de la fibra muscular que debe acompañar á la orden de la voluntad.

Ahora bien; no puede obtenerse una excitación más fuerte de la fibra muscular, sino á costa de una conmoción más violenta de las células cerebrales y de las fibras nerviosas, que son los órganos conductores del influjo nervioso voluntario.

El *esfuerzo de voluntad*—sinónimo de conmoción nerviosa—deberá, pues, ser tanto más intenso, cuanto más se quiera aproximar el momento en que se da la orden del movimiento del momento en que se ejecuta.

Los ejercicios de velocidad, que exigen la frecuente repetición de los movimientos, es decir, el paso alternativo y muy rápido del descanso á la contracción, del reposo al movimiento, necesitan, pues, un esfuerzo de voluntad suplementario destinado á apresurar la respuesta del músculo al llamamiento que se le hace. De aquí un suplemento de gasto nervioso que no se traduce por una contracción más *enérgica*, sino por una contracción más *pronta*, que no conduce al aumento de trabajo efectuado, sino á una disminución de *tiempo perdido*.

Esta explicación, que creo poder deducir de la ley de Helmholtz, se encuentra confirmada por la observación de los hechos porque los ejercicios de velocidad van acompañados de ciertos fenómenos de fatiga, que no están en proporción de la cantidad de trabajo mecánico que representan y que deben atribuirse á un aumento de trabajo nervioso.

Hemos visto que entre las condiciones capaces de hacer variar la duración del «tiempo perdido», hay que contar en primer término la *excitabilidad* más ó menos grande del músculo. La excitabilidad es la propiedad que tiene el músculo de responder por una contracción á una excitación que recibe, sea de un agente exterior, sea de la voluntad.

Hay causas que disminuyen la excitabilidad del músculo; la más común es la fatiga. Un músculo fatigado no responde á excitaciones débiles, que bastarían á ponerle en acción antes de que hubiera trabajado. Además, si la excitación se hace más fuerte y adquiere suficiente intensidad para provocar una contracción, se nota que esta contracción se produce lentamente, perezosamente, y que el período del «tiempo perdido» es más largo que cuando el músculo estaba fresco.

Para obtener de un músculo fatigado una respuesta muy pronta, hay que recurrir á excitaciones de gran intensidad. Este hecho nos explica cómo la fatiga muscular hace perder la aptitud para la velocidad, antes que la facultad de producir contracciones musculares enérgicas.

Cuanto más excitable es el músculo y más apto para obedecer vivamente á la voluntad, más capaz es para los ejercicios de velocidad. Merece notarse que no todos los músculos tienen la misma excitabilidad; no todos presentan la misma aptitud para responder instantáneamente al agente que les excita.

En ciertas especies animales se observa un largo intervalo entre la excitación eléctrica del músculo y su contracción. Son justamente las especies conocidas por la lentitud de sus movimientos voluntarios. Es curioso ver que un músculo de tortuga, por ejemplo, no entra en contracción sino dos centésimas de segundo después de haber sido excitado, mientras que en el pájaro se contrae siete milésimas de segundo después de la excitación. La diferencia es todavía más notable en el caracol, cuyo músculo no se contrae sino tres décimas de segundo después de haber sufrido la descarga eléctrica. •

Cuando se han frecuentado los gimnasios y se han observado muchos hombres haciendo ejercicios, choca ver la diferencia de excitabilidad que presenta el músculo, según los individuos. En algunos la rapidez de los movimientos es, por decirlo así, natural; los movimientos de velocidad no exigen gran esfuerzo, y su fibra muscular es muy excitable. En otros, por el contrario, el músculo, aunque enérgico, obedece con cierta lentitud las órdenes de la voluntad. Es necesario un gasto muy grande de influjo nervioso para obtener un movimiento instantáneo. Estas diferencias proceden frecuentemente de la raza y se notan á primera vista. La vivacidad de los meridionales contrasta con la actitud calmosa de los hombres del Norte. Los primeros tienen las fibras motoras muy excitables. Es curioso ver cómo se manifiestan estas diferencias en los ejercicios físicos, y comprobar la diversidad de aptitudes que resultan. Jamás los ingleses, ni los alemanes, han podido rivalizar en esgrima con franceses ó italianos. El pugilato inglés exige, sobre todo, fuerza pesada y resistencia; el pugilato francés exige, por el contrario, agilidad y oportunidad en los golpes; es decir, necesita prontitud en el ataque y velocidad en la parada.

Una revista de *sport* náutico comparaba recientemente los diversos métodos de remar en varias regiones; me llamó la atención ver que, en unas regatas á remo, los franceses daban 40 paletadas por minuto, y los holandeses 25 solamente.

La velocidad es, pues, una cualidad del trabajo, que depende de dos elementos: la excitabilidad del músculo y la fuerza de excitación que recibe,

Los ingenieros que pasan de la mecánica racional á la mecánica aplicada conocen bien la distancia que hay de la teoría á la práctica. Hay que contar, por ejemplo, en una construcción, con la diferencia de elasticidad de los diversos materiales empleados y con su impresionabilidad más ó menos grande á los influjos higrométricos ó termométricos. En una palabra: cada cuerpo tiene, además de su masa, una individualidad física propia, que modifica las condiciones en que recibe el influjo de las fuerzas.

Del mismo modo hay que tener en cuenta, entre los seres vivos, las variantes de la excitabilidad muscular, si se quiere evaluar exactamente la suma de fuerza gastada en un movimiento. Cuanto menos excitable es el músculo, más grande debe ser el gasto de fuerza nerviosa destinada á apresurar su acción. Este gasto de fuerza no es apreciable por el dinamómetro; se calcula por otra medida, por el tiempo que se invierte en poner en juego la contractilidad muscular.

Este gasto no lo soporta, en realidad, el músculo, sino más bien el agente excitador, agente mal conocido y que designaremos, á falta de palabra más exacta, con el nombre de *influjo nervioso*.

De la intervención muy activa del sistema nervioso en el ejercicio de velocidad se derivan ciertos resultados higiénicos de gran importancia.

Después de un ejercicio que necesite la repetición frecuente de los movimientos, la fatiga experimentada es más penosa que la resultante de un trabajo más intenso, pero ejecutado con movimientos lentos. La fatiga que sigue á un ejercicio de velocidad no se

parece á la que se experimenta después de un ejercicio de fuerza. Bajo el influjo de una contracción muscular intensa, pero lenta y prolongada, la fatiga se siente sobre todo en el músculo. Los miembros están cargados y congestionados; la sangre afluye á ellos y los hincha. Y esto sucede porque la fibra muscular ha sido el agente esencial y el factor casi único del trabajo. Después de movimientos que representen un pequeño gasto de fuerza, pero ejecutados con gran velocidad, se experimenta una fatiga que recuerda la sensación de una conmoción nerviosa de orden moral.

En lugar de esa laxitud que convida francamente al reposo, y que constituye un verdadero bienestar después de una gran cantidad de trabajo tranquilamente ejecutado, se siente, después del ejercicio de velocidad, una especie de agotamiento, acompañado de excitabilidad nerviosa; es una impresión de enervamiento caracterizada, sea por la depresión, sea, por el contrario, por la excitación, ó bien por un estado de impresionabilidad. La expresión de «fatiga nerviosa» da bien la idea de ese género de malestar, que no olvidarán los que hayan prolongado excesivamente un ejercicio de velocidad. Puede decirse de un modo general que la fatiga producida por los ejercicios de velocidad no es *reparadora*. Invita menos francamente al sueño y excita menos el apetito que la producida por un lento gasto de fuerza.

El gasto grande de influjo nervioso que necesitan los ejercicios de velocidad es seguramente la causa que hace más difícil la reparación del organismo después de esos ejercicios. Se sabe, en efecto, qué papel tan importante representa el sistema nervioso en la nutrición y la atrofia rápida que sufren las regiones del cuerpo en que la distribución del influjo nervioso se ve entorpecida, sea por una sección de los nervios, sea por una parálisis de origen central.

Hay que atribuir, pues, sin duda alguna, al gasto considerable de influjo nervioso, y á la postración inevitable que le sigue, el adelgazamiento debido á los ejercicios de velocidad. Se observa esta tendencia á la denutrición en todas las circunstancias de orden físico ó moral que provocan gran consumo de influjo nervioso. Se adelgaza bajo el influjo de una preocupación continua ó de un trabajo intelectual muy sostenido.

En mi opinión, si el trabajo de velocidad tiene el privilegio de hacer adelgazar, no es tanto por el exceso de pérdidas que le acompaña, como por la falta de nutrición que le sigue. Del gasto excesivo de influjo nervioso que se produce para apresurar la contracción del músculo, resulta un agotamiento momentáneo de las fuerzas que presiden á la nutrición, y los tejidos quemados por el trabajo no tienden á repararse.

Durante el ejercicio de velocidad se produce una conmoción nerviosa, que recuerda la que sigue á una emoción ó una fuerte tensión del espíritu. La fatiga debida á la velocidad quita frecuentemente el apetito y el sueño.

Estos resultados se notan sobre todo en los individuos impresionables, en los cuales puede verse cuán contraria es la fatiga debida á la velocidad á la reparación del organismo. Muchos niños, después de haber corrido, no pueden comer ni dormir. Muchos caballos, demasiado nerviosos, rehusan el pienso después de una jornada de caza en que han corrido mucho. No se observan estos caprichos del estómago en los animales de tiro pesado, que pasan días enteros enganchados.

Es digna de observarse la notable diferencia que produce en la nutrición del hombre el ejercicio de velocidad comparado con el de fuerza. Los cargadores, los mozos de cordel, los acróbatas, tienen habitualmente una estructura macisa, que se acentúa más y más por el ejercicio de su profesión. Los corredores, las bailarinas, los ayudantes de los maestros de esgrima, son generalmente esbeltos y delgados.

Si queremos resumir en algunas palabras los resultados de los ejercicios de velocidad, veremos que es preciso distinguir los efectos que son debidos á la acumulaci3n del trabajo, de los que son consecuencia de los movimientos.

El ejercicio de velocidad tiene un punto com3n con el ejercicio de fuerza: la cantidad muy grande de trabajo mecánico que puede producir. La sucesi3n rápida de un gran número de esfuerzos conduce, en último resultado, á los mismos efectos que la gran intensidad de un pequeño número de esfuerzos muy espaciados. Se podr3a decir, tomando una imagen de la terapéutica, que ambos modos de ejercicio tienen por resultado el conseguir que el organismo pueda soportar «dosis pesadas de trabajo».

Pero el ejercicio de velocidad produce resultados particulares muy diferentes de los producidos por los ejercicios de fuerza. Estos resultados son debidos, no ya á la gran cantidad de trabajo mecánico efectuado, sino á la sucesi3n rápida de los movimientos. Esta velocidad de los movimientos tiene sobre el organismo un influjo particular independientemente de su mayor ó menor energ3a. Este influjo se hace sentir sobre el sistema nervioso, y, en último análisis, los especiales efectos de los ejercicios de velocidad son debidos á un exceso de trabajo de los centros nerviosos.

FERNANDO LAGRANGE

Traducci3n de Ricardo Rubio.

EN UN MUNDO ESCLAVO

El artículo que ofrecemos á continuaci3n apareci3 en Rusia primero en hojas autógrafas, después impreso en la «Imprenta subterránea», y actualmente circula con profusi3n entre los elementos revolucionarios de Petersburgo y Moscou. Por haberlo escrito durante los tumultos universitarios, Máximo Gorki fué preso en Febrero, y acaba de salir de la cárcel muy enfermo. Estas reflexiones de un pensador, juzgadas intolerables por el gobierno ruso, prueban cómo se vive á la sombra del régimen allí reinante.

FANTASIA DE UN ESCRITOR

Es cosa mala, malísima, que tenga un escritor muchos admiradores. La vegetaci3n de los pantanos prospera en la humedad que pudre las raíces de las encinas.

Hoy quiero referir la historia de un escritor que siguiendo su camino fué á dar en los pantanos de las admiraciones populares.

Quisiera relatar su vida desde que gozó de las alabanzas, y, sobre todo, lo que le sucedió un día que los vapores de la gloria le desvanecieron.

Era un mozo sencillo, muy sencillo y que se diferenciaba de sus camaradas por su sinceridad: la cual le obligaba á contradecirse con mucha frecuencia, casi todos los días.

Vivía en un país donde la literatura goza de algún prestigio.

* Cuando puso los pies en los primeros charcos de la popularidad, se indignó grandemente.

—¡Bien!—dijo—¡Esto es extraño! Antes yo tocaba la trompeta y no me oían; ahora toco una sencilla zampoña y me atienden.

Nuestro escritor no era modesto; estaba seguro de su valer.

Sabía también que en su país el *pueblo* no existe para el escritor; que sólo existe el *público*, y que era el público quien creaba las reputaciones literarias y todas las demás,

El pueblo vive de su vida íntima, despreciando á los escritores, creyendo en las brujas, con penosa existencia, con hambre y siempre dispuesto á cambiar la literatura y las artes por un saco de harina.

Enterado de todo esto nuestro escritor, no dejaba de picarse con las miserias humanas. Los escritores, hasta los más inteligentes, tienen sus debilidades.

El nuestro notó que el favor del público le distinguía.

Uno de sus lectores le llamó «talento profundo»; escribióle otro «muy respetuosamente»; una lectora le dirigió esta sencilla frase: «¡Gracias, alma mía!», como si él la hubiese regalado un vestido de seda.

Recibía otras muchas muestras de atención. Sin embargo, en su interior el diablo, su fiel compañero, murmuraba:

—No te turbes por eso, amigo mío. Esas muestras de atención las tienes bien merecidas. Eres para el público lo que una joven cortesana para un viejo debilitado. No te las echas, pues, de modesto; el pez nació para que le frían, y el escritor para que le arrastre su gloria. ¡Já, já, já!

Entonces nuestro héroe comenzó á mostrarse al público.

Recogió muchos aplausos, acostumbrándose á ellos como el borracho al aguardiente.

Sin aplausos la vida le parecía muy sosa.

Perdió ya la noción de sí mismo. Pero un día la recobró, y veréis cómo.

El escritor se hallaba en un lugar muy frecuentado. Una muchedumbre que le había reconocido le rodeó acorralándole, aplaudiendo y gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor sonrió. Era la primera vez que veía en torno una muchedumbre tan apretada.

De pronto, y sin motivo justificado, el escritor sintió cierto malestar. Le pareció que unas manos se deslizaban bajo sus sobacos, y extrañas ideas invadieron su cerebro.

Le pareció que cada uno de los presentes comparaba sus propias orejas con las orejas del escritor para ver cuál de los dos las tenía más largas; y sintió la impresión de que sus orejas se alargaban mucho, llegando á ser gigantescas.

Pero los demás continuaban gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor comprendió en aquel momento que no se pertenecía. Dudando de sus derechos sobre su propia personalidad, pensó:

—Ya falta poco para que jueguen conmigo como con una pelota.

El diablo murmuraba junto á él:

—¡Mira! ¡Mira!

El pobre escritor miró. La muchedumbre aumentaba por momentos. Le aplaudían centenares y centenares de gentes, entre las cuales había los nietos de Judas Iscariote, los de Ignacio Kramola y todos los que traicionaron á Cristo. De pie, muy dignos, aplaudían.

Las miradas de aquella muchedumbre se clavaban como alfileres en el corazón de nuestro escritor.

Miró á todos, turbado, y todos los rostros fundiéronse á su vista en un rostro único, que tenía, en vez de ojos, dos manchones confusos, y la nariz tan larga como una trompa de elefante.

El diablo dijo burlescamente:

—¿Ves tú esa muchedumbre? Los que la guían consiguieron alargar su nariz, pero no llevarán la luz á sus ojos. Y mira su lengua.

El desdichado escritor descubrió entonces, entre inmensos hocicos sensuales que se abrían como un hoyo inmundo, algo blando y pútrido que se removía y articulaba:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El escritor, aterrado, cerró los ojos y sintió que le arrastraban...

Luego volvió en sí.

Agitábase en su presencia la ordinaria muchedumbre. Caras sonrientes, ojos brillantes de alegría le contemplaban, como los niños contemplan un juguete nuevo.

Las sonrisas, las miradas amables disiparon su terror. Quiso hablar, decir á su público algo íntimo y bien sentido.

Suspirando y poniéndose la mano izquierda sobre el corazón, principió:

—Señores.

—¡Bravo!

—¡Silencio! ¡Dejadle hablar!

—Señores: las atenciones que mostráis conmigo me halagan mucho y las comprendo bien. Cuando yo era niño, oyendo la música militar corría entusiasmado; pero me interesaba más que la música el soldado que hinchaba sus carrillos apretando sobre sus labios la embocadura del trompón... Os lo agradezco.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Gracias, señores.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Voy á hablaros con toda el alma, sinceramente.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Entonces el diablo sonrió con ironía.

—Creo, señores—dijo el escritor—en la lealtad de vuestro entusiasmo. Sin embargo, no me explico cómo pude despertar en vosotros semejante sentimiento. Me parece que si me distinguís no es por mis buenas cualidades, sino porque visto con descuido y empleo en mis obras palabras descarnadas. Algunas veces pienso que si yo hubiese aprendido á escribir versos con el pie izquierdo, mostraríais aún más curiosidad por mí.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Me parece también, amigos míos, que no sois verdaderos lectores, sino admiradores solamente, lo cual es cosa muy distinta. El lector sabe que no es la persona misma del autor lo que importa, sino la manera de reflejar en sus escritos el espíritu humano. El lector no mira al escritor como á un buey de dos cabezas. Lee sus obras y acepta ó no sus conclusiones. Reflexiona acerca de cada una, y dice: esto es verdad, esto no es verdad. Luego utiliza los conocimientos adquiridos para reconstituir una historia que satisfaga su mentalidad. Pero vosotros no vivís más que del escándalo. Hay pocos lectores verdaderos, y las gentes de vuestra clase forman la muchedumbre; por eso debo decir os aquí, sinceramente, que no siento por vosotros ninguna clase de simpatía, ni mucho menos de consideración. Algunos de mis compañeros me aconsejan que respete al público, pero ninguno sabe explicarme por qué. ¿Lo sabéis acaso vosotros? ¿Qué motivo hay para que os respetemos?

El escritor calló aguardando una respuesta.

Nadie hablaba. Después de un largo silencio, el escritor prosiguió:

—Ya véis que hasta vosotros mismos ignoráis por qué os juzgan respetables.

Una voz gritó:

—Porque somos hombres.

—¡Vaya! ¿Cuántos hombres verdaderos habrá entre vosotros? Acaso entre mil no se hallarán cinco que crean ardientemente al hombre señor de la vida, con derecho á pensar, á hablar y moverse á su antojo. Apenas cinco entre mil sabrían luchar y morir por defender ese derecho. Entre vosotros la casi totalidad es esclava de la vida y de sus dispensadores desvergonzados. Sois comerciantes y rentistas que os disfrazáis de seres humanos. Lo que hay de humano en vosotros es puramente anatómico. Miro vuestros ojos apagados, cobardes, y veo con espanto cuán reducido es el número de los valerosos y hasta el número de los honrados. ¡Ah! En mi país no abundan los verdaderos hombres; y, sin embargo, ahora más que nunca necesitamos héroes.

Muchos de los oyentes volvieron la espalda al escritor retirándose.

El continuó:

—Un hombre, un hombre verdadero y fuerte aspira, tiende siempre á realizar algo. Pero vosotros vivís modestos, resignados, obedientes á los mandatos. ¿A eso llamáis vivir? La pereza no os permite pensar, el temor os impide moveros. En torno vuestro, como adornos pueriles en el cuarto de una prostituta, se arrastran las tradiciones y las inútiles reglas para la vida. Todo lo cual os impide accionar; son vuestros ídolos y no los queréis destruir. Cuando el aire trae á vosotros el fresco perfume de los campos, cerráis las ventanas. La inquietud os aterra. Sólo deseáis un motivo de conversación ó cualquier simpleza que os distraiga. Como los mendigos en los portales de las iglesias, tendéis la mano á la literatura pidiéndole distracciones. La literatura es un condimento picante para vuestra vida sosa. Os agrada lo que se ha escrito con hiel y con sangre. Pero todo acaba en esta satisfacción vuestra, y la literatura no despierta en vosotros ni odios ni amores, sino solamente admiraciones ó críticas. Cada uno es un espectador en vez de ser un hombre, y todos formáis un público en vez de representar la humanidad. La vida no se resentiría poco ni mucho aunque desapareciérais todos á la vez. Sois estoicos, porque sois esclavos. Calláis cuando os golpean. Sonreís cuando os injurian. Solamente os indignáis cuando no os sirven á punto la comida, y sólo padecéis viendo prosperar á vuestros iguales, sintiendo hambre de bienes materiales ó dolores de indigestión. Cuando las botas os oprimen los pies, exclamáis: «¡Ah!, qué razón tenía Schopenhauer», pero si oís un llamamiento hacia la libertad, murmuráis: «¿Qué quieren á Hecuba?» Que el diablo os lleve. ¡Si supiéseis hasta qué punto sois miserables, hasta qué punto sois desapacibles y qué duro es vivir entre vosotros! Por más que os digan: «la vida es terrible, la vida es lúgubre, la vida es sangrienta», no lo creéis. Vuestra vida es sencillamente cobarde y triste; y cuando os hablan de vuestra villana cobardía y de vuestro aburrimiento, permanecéis inmóviles. La sola cosa que os atrae son las buenas formas; ¡oh estetas!: que vuestro propio fango os cubra.

El público disminufa por momentos: (sin duda no le gustan los discursos largos.) El diablo sonreía, y el escritor, arrastrado por el deseo de cumplir con su deber, no reparaba en nada, prosiguiendo:

—La vida es el poema heroico del hombre que busca su corazón y no lo encuentra; que quiere conocerlo todo y no conoce nada; que desea ser poderoso y no es capaz de vencer ni sus íntimas debilidades. ¿Osteis hablar alguna vez de la verdad, de la justicia y del deseo de los hombres de ser altivos, libres y gallardos en la tierra? ¡No! Vosotros deseáis solamente atracaros bien, tener abrigo, violar y pervertir á las mujeres con el pretexto de amarlas. Queréis pasar vuestro tiempo tranquilamente. Tal es vuestro concepto de la dicha. Todo vuestro deseo se reduce á conseguir diez céntimos por uno. Pero

es necesario agarrarse á la dicha con brazos robustos, y sois débiles, miedosos y seniles. Cada uno de por sí no es capaz ni de coger una mosca; para matarlas necesitáis valeros de papeles envenenados cuando con sus murmullos turban vuestro sueño. Yo también quisiera encontrar algún papel que os envenenara con terribles angustias. ¡Algunas veces os emocionáis!, cuando peligran vuestros negocios, cuando no conseguís vuestros bajos deseos, cuando son pequeñas vuestras ganancias, cuando cubrís con dificultad las necesidades de vuestra familia, cuando (por aburrimiento) vuestra mujer os engaña; entonces gemís, entonces filosofáis y la vida os parece miserable y ruín, hasta que la suerte os ayuda ó encontráis una querida. Pero con vuestros murmullos, con vuestras desilusiones y vuestras quejas corrompéis los oídos de vuestros hijos. Fijáis su atención en las ruindades de la existencia, en sus cobardías, y su pensamiento se mella como la hoja con la cual se cortan ramas ó cabezas. Fatigados por vuestras reflexiones acerca de la vida, que desconocéis, vuestros hijos mecánicamente siguen los caminos trillados y son como vosotros cobardes, inertes y mezquinos. Buscan á su vez la vida tranquila, templada, insulsa, y cuando la encuentran vegetan como sus padres. Podríamos compararlos con el yeso húmedo que cubre las grietas de una casa vieja. Pero esa casa pesada y sucia está impregnada con la sangre de los hombres que perecieron. Amenaza ruina. El presentimiento de su próxima destrucción la penetra. Vacilante aguarda su total derrumbamiento. Las fuerzas que deben convertirla en un montón de escombros, la intimidan. Se contienen apenas y por momentos se las ve mostrarse impacientes. Al fin actuarán, y el viejo edificio, al hundirse, aplastará vuestras cabezas. Vuestro abandono, vuestra indiferencia os hacen culpables. No hay entre vosotros inocentes.

Quedaba ya muy escaso público. Algunos miraban al escritor compasivamente, porque habían leído con gusto sus cuentos y en su discurso no hallaban la nota artística. Otros le miraban con tristeza. Todos se aburrían, pero ninguno se mostraba herido.

Un joven gritó:

—Palabras, nada más que palabras. Venga un programa práctico.

Un caballero de cierta edad suspiró:

—¡Yo también era romántico en mi juventud!

Una señora vestida de negro dijo:

—¿Por qué insultar á las mujeres?

El diablo reía.

El escritor continuaba:

—Es preciso añadir que hacéis todo lo posible para ser desdichados. No teniendo nada que os pueda inspirar mutuamente respeto y amor, tratáis de conmoveros con el espectáculo de la desdicha y la ostentación de sentimientos de baratillo. Os compadeceís igualmente de vuestro semejante y del perro al cual un coche rompe una pata, ¡Ah! ¡Si el espectáculo de la vida despertara en vosotros un sentimiento de amor universal! Pero sois incapaces de sentirlo. ¡Pobres mendigos! Que sobre vosotros caigan males bastantes para turbaros, inquietudes que puedan hacerlos revivir.

Alguien dijo:

—Todos no somos lo mismo. Eso es injusto.

El escritor prosiguió:

—Caballero: yo no puedo ser justo. La justicia no existe aún en la vida. ¡Si valierais alguna cosa! Pero no sois buenos ni malos; sois... la *sociedad*. En vuestra juventud la escuela os proporciona conocimientos iguales para todos. Quiero suponer que os instruyen en la buena ciencia y os apartan de la mala; pero no me avengo á la idea de educar á los

jóvenes con deseos de quietud y de posición confortable. Cuando abordáis la vida, vuestra presencia no disminuye las ruindades, y aun á veces las aumentáis con otras nuevas. A los veinticinco años negáis la propiedad, y á los treinta y cinco estáis afincados. Trabajáis para vosotros con mucha eficacia. Pero ¿qué hacéis en pro de la vida? Nada; vivís friamente, hasta los que habláis con apasionamiento. ¿Qué de torpezas en torno vuestro! ¿Tratáis de destruirlas? No. Los mejores se aíslan para evitarlas. El deseo de no mancharse con ellas algo bueno indica, pero un hombre de corazón no teme nada, ni el cieno. Hablamos una vez con verdad. Todos somos culpables de las miserias de la vida. No hay aún justos en la tierra. ¿Por qué os mostráis tan serviles ante el poder? ¿Dónde aprendisteis á temer tanto? Yo afirmo que todo lo vil, todo lo miserable descansa sobre vuestro terror y vuestros sentimientos de esclavos. Lo repito, somos todos culpables de las vergüenzas de esta vida. Si yo creyese en la eficacia de las maldiciones, os maldeciría. Pero creo en otra cosa. Creo en la próxima aparición de otros hombres intrépidos y valerosos. La hora se acerca...

—¡Vaya, se acabó!—interrumpió el diablo.

El escritor miró en torno. Ya no había nadie absolutamente, y dijo:

—Es extraño. Se han ido todos antes de que yo acabara. Y aún falta mucho que decir.

El diablo exclamó:

—El fuego de tu discurso los ha destruido. Mira el suelo lleno de fango. Es todo lo que queda de ellos. Vámonos.

* * *

Ignoro lo que fué de mi hombre. No quiero inventar el fin de su historia, y presumo que no acabaría bien.

Sólo sé de cierto una cosa: que no es conveniente para un escritor tener muchos admiradores.

Aquellos que tienen roce con el público deben de cuando en cuando purificar la atmósfera de su vida, desinfectándola con la verdad.

Esto es todo.

MÁXIMO GORKI

(Traducción de Armando Guerra.)

Crónicas de Arte y de Sociología

DESDE PARIS

«*Les Avariés*» y la censura.—*La música y la Universidad popular*.—*Jubileo de Berthelot*.—*L'Enigme*» y el divorcio.—*De materialismo*.—*Monumento á Enrique Heine*.

La parte más corrompida de la sociedad presente se complace en toda manifestación de escándalo. Nada ha contribuído mejor al éxito de la mediocre pieza *Les avariés* (*Los avariados*), como esa pasión destemplada por el bullicio. Sin embargo, depurando hechos y juzgándolos serenamente, quizá de ello se desprenda una significación más alta que el puro goce del *potin*. Lo mismo que el proceso de Dreyfus, á pesar de ser éste un individuo vulgar, la pieza *Les avariés* ha hecho resurgir la discusión de un problema importan-

te. Se trata de la tiranía que aquí, en el país de la libertad, ejerce la censura en el pensamiento escrito. Cuestión es ésta muy difícil de resolver, dada la condición y organización de la sociedad presente. Amparándose en la suspirada y aún no obtenida libertad, que hay que perseguir de todos modos, quizá algunos mercaderes literarios ofrecerían al público obras que halagasen su gusto depravado y sus pasiones bajas. Usarían de la libertad (y no me ocupo ahora de la influencia nefasta en los espíritus rudimentarios, para los cuales se llegaría en último extremo á la abolición del arte), en la forma ridícula y grotesca con que, en tiempos de la república española, los revolucionarios dieron bailes y organizaron orgías por las iglesias. Esto fué estúpido y brutal. Claro que nosotros hemos de trabajar para hacer que tal brutalidad vaya desapareciendo en la masa, dado que ésta, en sus momentos de instinto, de locura y de exaltación, ha llegado frecuentemente á destruir muchas obras de belleza única é incomparable (los cristianos lo hicieron en Grecia y Roma con los monumentos más sublimes que levantara el hombre), que luego las generaciones futuras son impotentes para reproducir. Bueno sería, en cuestión de arte, que se destruyera lo antiguo, si fuera mejor lo nuevo que se ideara y se produjera. Porque no hemos de vivir del pasado, ya que la *modorra* del recuerdo agota las energías que deben labrar el porvenir.

Volviendo al asunto de *Les avariés*, me adhiero bastante á la manifestación de Octavio Mirbeau, quien también es contrario de la censura, diciendo, sin embargo, que si se logra suprimirla, tendremos luego que sufrir otra más terrible, y ésta será la de los directores y empresarios de teatros, que repudiarían de instinto toda obra buena y trascendente que se les presentase. Creo que Mirbeau se ha quedado algo corto, porque, de suceder así, tendremos la ventaja de habernos librado de una censura, con lo que algo se ganaría, al paso que ahora son dos las que aprisionan el pensamiento artístico: la gubernamental y la comercial. Ciertamente que los que más necesitan de libertad, los grandes y los fuertes, quedarían á la merced de las travesuras de los que no la quieren, y entonces se aprovecharían de ella, como he indicado, los directores con obras malas que contrarrestasen el efecto de las buenas, mientras no se les quitara esa facultad de la censura, lo que sólo se alcanzaría con la soñada destrucción del comercio. Y digo que las obras malas triunfarían de las buenas, por tal modo que la humanidad es dada hoy con preferencia al error que á la verdad. Lo falso se cree, y así los mitos religiosos con más fe que se acata lo verdadero, lo que se nota respecto de indiscutibles principios filosóficos.

De haberse estrenado en un teatro, la obra de Brieux hubiera obtenido pocas representaciones. Se habla tanto en la pieza del *mal de Nápoles*, que acaba ello por producir una impresión de asco y de angustia. Brieux no es un gran artista. Si lo fuera, habría hallado una mejor forma *intrínseca*, más que *extrínseca*, para exponer bella y adecuadamente su pensamiento de arte, de modo que éste no estuviera divorciado de aquél, y así no llegara á herir el sentimiento ni el gusto artísticos de nadie. Porque aquí, ante todo, se trata de una cuestión de arte, no *terre à terre* ó de *jolie*, sino elevado: me refiero al arte del artista, que es tan profundo en la concepción, tan clarividente en su visión y tan intenso en su emoción (pues el dramaturgo necesita fundamentalmente de la visión y de emoción dramáticas y humanas, dado que si no ve andar en su imaginación á los hombres á crear, si no siente en su corazón sus afectos peculiares, no es dramaturgo, como le sucede á Brieux y á tantos), que la obra por él producida resulta de moralidad, de filosofía y, sobre todo, de gusto; no de aquél que se propone demostrar *calculadamente* una tesis y sin vibración. En tales condiciones se encuentra la obra de Brieux; sus personajes carecen de vida y de humanidad. El argumento se desarrolla con una especie de lógica que

llamaré *artificial* (permítaseme el calificativo), pues dista mucho de que se pueda designar como *lógica natural*. Mucho habría que hablar sobre estos dos últimos conceptos, pero otra ocasión vendrá. De todos modos, la obra de la *lógica* es mala cuando se funda y se desenvuelve sobre un principio falso é inconsistente. La tesis de *Les avariés* consiste en la divulgación del mal en provecho del bien, es decir, que el médico se despoje, en ciertos casos, de su secreto profesional. La mira es alta y el asunto escabroso. La realización de tal idea, según las circunstancias, puede causar tanta maldad como beneficio. Lo mejor es que el médico disuada al enfermo de sus propósitos matrimoniales, si no cuenta con medios bastantes ó no dispone de la inteligencia necesaria para atajar los efectos del mal, que es de lo que debe preocuparse ante todo y casi exclusivamente.

En el primer acto, Jorge consulta á un médico famoso, á un especialista, pues se halla atacado por el mal que acaba por roer los huesos, agotando el cerebro, con la horrible tortura de la *coma*, y trastorna todo el organismo: es un averiado. El médico le dice al punto y en lenguaje claro: «Tiene usted sífilis». Jorge está á la sazón enamorado de una rica joven, con la que se ha de casar. La trama, como se ve, empieza á ser ya artificiosa. El médico, cuando se entera de ese asunto, le responde: «Si se casa usted antes de tres ó cuatro años, será usted un miserable, porque es muy posible que su mujer é hijos, si llega usted á tenerlos, se contaminen del terrible mal».

En el segundo acto advertimos que el averiado ha hecho caso omiso (y ello es muy... excepcional; de ahí lo pésimo de la trama) de las advertencias del especialista. Se ha casado, es feliz, su mujer le quiere, él adora á su hijo, que es amamantado por una nodriza. Mas el niño cae pronto enfermo, víctima de la sífilis. La madre del averiado se lo lleva al campo con la nodriza. Esta corre peligro de contagiarse en el mal. Y la esposa ha desestimado al marido y no existe ya felicidad conyugal.

En el último acto, el médico profesional se muestra piadoso y rebosante de ciencia (!). Además de aconsejar perdón y paciencia al suegro de Jorge (que es diputado y ha ido á consultarle para pedir el divorcio), para con ello llegar tal vez á la curación y la salvación de la familia, le pone de manifiesto la responsabilidad de los poderes públicos, que debieran dictar leyes de caridad y justicia, mientras va mostrándole en su clínica los efectos del mal, generalizados en las diversas clases de la sociedad.

Tal es, en su esencia, el argumento del drama *Les avariés*. El lector avisado podrá por sí mismo juzgar de la importancia artística de la obra, que es inferior, para mí, á la idea que la determina.

En vista de la prohibición de esta pieza por la censura, así como de la de Ancey, de la que se habla con mucho encomio, y que hace referencia al asunto de las congregaciones, el actor Antoine, director del teatro de igual nombre, ha dispuesto la organización de un plebiscito de escritores, quienes han de expresar en un boletín *ad hoc* si son ó no partidarios de la libertad absoluta en el teatro. En ello están ya conformes, entre otras personalidades, Enrique Bauër, Séverine, Gustavo y Jorge Charpentier, Pablo Adam y Rochefort. El diputado Couyba tomará nota de tales adhesiones, y al discutir en la Cámara el presupuesto de Bellas Artes, pedirá la supresión de la censura. Ya veremos lo que se alcanza.

* *

Todo el que haga á París un viaje de recreo, fijándose sólo en apariencias y exterioridades, posible es que sufra una decepción y se forme una idea equivocada de la ciudad de la luz. Los más vienen aquí para aturdirse, y París no deja rastro alguno en su alma. Los desprecia y, á menudo, los explota.

He hablado yo con muchos meridionales que, no viendo aquí la explosión de colores de su tierra, ni relumbrar el sol con tan vivos destellos, consideran triste á París, y no experimentan la alegría de su ambiente. Otros, acostumbrados á una vida simple y reposada, para no decir de vegetación, la juzgan con los epítetos de histórica y enfermiza, cuando no estragada, sin ver que en esta población la vida es más equilibrada que en parte alguna y más completa. El individuo trabaja mucho, vive más, disfruta intensamente y está siempre en disposición de cultivarse. De ahí su curiosidad siempre en vela y viva, interesándose por infinidad de cosas, sujeta á la acción del momento, demostrando con ello tener una inteligencia siempre abierta á variadas manifestaciones y sensible á ellas. Se aguza el pensamiento sin cesar, floreciendo en ironía finísima, como á lo Anatole France, que envuelve, para el parisiense, la ciencia de la vida humana.

Los más detestables caricaturistas de París han sido los decadentes enamorados de las farsas funambulescas de Montmartre. Han ofrecido de él una visión angustiosa y lamentable, de un modo exclusivo; cierto que hay aquí mucha podredumbre moral y física, pero ésta aparece sólo en una minoría. Los espíritus metalizados no forman la legión que se cree. Las monstruosidades de la lujuria y del crimen no abundan de tal modo que desahagan la armonía de París; los satélites del marqués maldito y los secuaces de Rachilde, la virgen sádica, que se la llamó, no pasan de ser cuatro degenerados y cuatro locos, que se deleitan en la aberración. La perversidad no ha podido crear hasta ahora un sistema de filosofía perfecto.

La superficie de París la llenan el *boulevardier*, el *rasta* y el *jouisseur*; es lo único que ve el extranjero iluso y que no sabe orientarse. El vicio y la concupiscencia se le ofrecen en dorada forma. Sus ojos relampaguean. El cerebro se le nubla, invadido ya por la sensación de la *volupta* próxima. Se une á los *fétards* y recorre los templos del placer, más ó menos blasonados, complaciéndose en ver huir el dinero de su mano como un beodo. El verdadero parisiense repudia al extranjero vividor y cree que las manchas sifilíticas de París proceden del cosmopolitismo; esto es falso, porque aquí se funde mucha luz proveniente de otros pueblos, por vía de altas personalidades.

Considérese el progreso del arte industrial, la cultura, la ciencia, el refinamiento literario y la infinidad de obras humanitarias, para tener una idea, aunque incompleta, de lo que es el alma de París. La belleza de la capital se exhibe en los palacios, los monumentos, los jardines, el río y los maravillosos alrededores. Los obreros que trabajan de día y van de noche á las Bibliotecas públicas y á las Universidades populares para instruirse, para perfeccionarse, no pueden formar, en modo alguno, un pueblo de corrupción y de decrepitud. Medrados estaríamos si el carácter ideal de una población tuviera que ofrecerse por la minoría chillona que se aturde en las fiestas y se exhibe por todas partes, necesitando de la vida exterior, por carecer de vida interior; la sensación hace para esa minoría las veces de emoción. Si París no fuera una población sana, no veríamos tantos semblantes risueños, tantas mejillas coloradas, tantos ojos vivos, ni tanta robustez física en su gente.

Francia no está en decadencia, si se tiene en cuenta su incansable actividad mental, que difunde multitud de ideas por doquiera y acoge las que se le envían. Yo creo que Francia es la única nación destinada á estatuir la nueva sociedad. Obsérvese sino la generosidad moral de tantos espíritus, fundando Cooperativas y Universidades populares donde los sabios y los escritores comunican directamente con el pueblo por medio de conferencias, con las que se le pone al corriente de la ciencia y de la sociología, de la moral individual y de la organización social.

Los epicurianos de la generación anterior van siendo vencidos por los jóvenes de impulso humanitario. La nueva generación se presenta con el credo de la vida ferviente y el culto de la naturaleza. Todo esto hace concebir la esperanza del *mañana*. Son espíritus dispuestos á luchar por el triunfo de la verdad, no entreteniéndose como otros á difundir el error. El egoísmo artificial debe convertirse en individualismo altruista.

Con la fundación de la Escuela de Altos Estudios Sociales se divulgarán los conocimientos que, por hipocresía, se ocultan á los jóvenes en las Universidades oficiales. Allí se trata de las cuestiones generales de la civilización, esforzándose en resolver los problemas graves de hoy.

Ahora se está también trabajando para la fundación de una Sociedad popular de música para dar sesiones de ella, que coincidan con las demás tareas para las emancipaciones de orden económico é intelectual, de modo que así se pueda llegar mejor á la educación de la sensibilidad del pueblo, mientras se cultiva su razón.

Los programas tendrán carácter histórico, siguiendo la evolución de la música, y los precios serán reducidísimos. Se tratará de que la ejecución sea lo más perfecta posible, y se darán conferencias previas para la debida preparación de los más incultos, comentándose las obras en sentido social, filosófico y sentimental. (Un aplauso á la idea y otro mayor si se realiza-)

* * *

La fuerza intelectual de Francia se patentiza, además, y sobre todo, en el progreso constante de su ciencia. Ésta, proclamando el triunfo de la inteligencia, que es luz, se erige en la principal reguladora de la vida moderna. Satisface grandes necesidades, destruye muchas preocupaciones, salva millares de existencias, y se pone siempre al servicio de la humanidad. De lo infinitamente grande, pasa á lo infinitamente pequeño. El misterio de la naturaleza se descubre poco á poco á sus inducciones, y el reino de las tinieblas va desapareciendo cada día.

Dignos de encomio son los hombres de alto cerebro que prestan su concurso á la ciencia, como lo han estimado en París al celebrar el jubileo del famoso químico Marcelino Berthelot, que estudiara, y concluye con tanta brillantez sobre las sustancias orgánicas. La fiesta ha resultado de una simplicidad grandiosa, como á la ciencia corresponde, hija de los helenos, y tuvo lugar en el espacioso anfiteatro de la Sorbona, donde reina el sublime arte, junto con aquélla, en los frescos maravillosos del divino Puvís.

La asistencia era considerable: había allí representantes de todas las manifestaciones del saber humano. Llenaban el hemiciclo diversos delegados de las Sociedades científicas de París, de provincias y del extranjero, amén de muchos estudiantes y mujeres.

Se peroró mucho en alabanza de Berthelot, que ha consagrado toda su vida al culto de la pura verdad, alejado de las pasiones y contiendas humanas, en la persuasión de que el triunfo de aquélla prodigará las mayores riquezas y apaciguará á los espíritus. Ha vivido solitario y de su soledad ha surgido luz que esclarece el universo científico.

La química, que es ciencia de análisis, destruye y reedifica. Sus descubrimientos han servido para fundamentar, más ó menos, la filosofía anarquista: léase á Kropotkin. Berthelot, que ha publicado más de mil folletos y de veinte volúmenes, ha también amplificado la química moderna, que naciera con Lavoisier, afirmando aún con más exactitud racional sus leyes, que ya no se apoyan en las hipótesis que dieron lugar á la alquimia de siglos anteriores.

Después de festejarse y felicitarse con discursos entusiastas, dijo Berthelot:

«No es para satisfacción egoísta de nuestra vanidad privada que el mundo rinde hoy

homenaje á los sabios. No; sino porque conoce que un sabio verdaderamente digno de este nombre consagra una vida de desinterés á la gran obra de nuestra época: aludo al mejoramiento, demasiado lento, en mi opinión, del destino de todos, por desgracia, desde los ricos y felices á los pobres y desdichados... Este he querido que fuera el objeto de mi vida.»

*
* *

A pesar de las leyes promulgadas sobre el divorcio, se repiten aquí con frecuencia los crímenes por adulterio. Esto quizá envuelva una manifestación de la inanidad legislativa. Pero lo indiscutible es que existen muchos individuos transgresores y salvajes, en cuya existencia poco ó nada han influido las *sendas conquistas de la civilización*. Conocida es la virtualidad engañosa de ésta, tal como se desarrolla, y que sirve, en general, para cubrir las apariencias. Como dice el simpático marqués de Neste, de *L'Enigme*, obra que da lugar á estas reflexiones, la civilización no transforma los seres; pero suaviza las costumbres y las cosas. El hombre sigue siendo malo y bruto. Basta, á veces, un impulso del animal que lleva dentro para convertirle en juguete de las pasiones más *inhumanas*, como los celos, la venganza y la ferocidad. De ahí la entronización de Shakespeare por el lado bochornoso, pues la mayoría echa en olvido lo que hay en sus obras de sublimidad.

La causa primera de la perturbación moral del hombre, como he dicho otras veces, reside en el imperio general y absoluto de la *propiedad*. De esta proviene en él su concepción bárbara del matrimonio: el hombre se instituye en propietario de la mujer. Por tanto se cree él con derecho de obrar con ella á su antojo, hallando lógico el castigo por medio de la supresión de su existencia, si ésta delinque en lo más sagrado para él, que es la *propiedad sexual*, encubierta por un concepto ridículo del honor. No siendo posible la eternidad ni la efectividad en la posesión espiritual de los amantes, cuando éstos no se juntan por afinidad electiva, menos podrá ella fundamentarse en la fidelidad de los sentidos, que están sujetos á mil influencias exteriores, si no les domina espontáneo *querer-moral* de la persona.

Para combatir el asesinato por adulterio se ha escrito y estrenado *L'Enigme*, de Paul Hervieu, que parece entrar, más ó menos, en la corriente avanzada de las ideas de emancipación.

El drama, muy alabado por la prensa, es habilidoso, pero carece de emoción dramática y observación de caracteres. Intrínsecamente es malo y pueril. El segundo acto, que es el último, sólo se sostiene con el artificio y la falsedad.

Hervieu es demasiado contentadizo, y sólo reclama, como paliativo para la venganza, una reforma en la legislación, que siga, aunque de lejos, la marcha de las opiniones nuevas. El artículo 324 del Código penal de Francia establece que el marido, si mata á su mujer ó al cómplice de ésta, sorprendidos *in fraganti*, puede ser *dispensado*. Esto constituye, como la pena de muerte, la consagración legal é hipócrita del crimen, como antídoto. El procedimiento es de homeopatía moral. Se trata ahora, pues, de que tal artículo desaparezca del Código, ya por cuestiones de razón pura, ya por cuestiones de razón práctica. Ningún hombre ha de tener derecho legal, pues que moral no lo tiene, á que se le dispense de atentar contra la vida de cualquier ser indefenso. De este modo se desvanecerá en las multitudes, según ellos creen, la idea falsa que se forjan del derecho conyugal y general. Creemos que el acuerdo no se pierde por acomodaticio. Hay que ahondar más y que desenvolverse en espacio más libre.

*
* *

De Italia nos vienen dos libros interesantes para los especuladores del pensamiento: *Il Materialismo Psicofísico e la Dottrina del Parallelismo in Psicologia*, de Filippo Masci, é *Il Materialismo Psicofísico: d' una veduta filosofica generale*, de A. Faggi.

El primero se ocupa en cuestiones psicológicas que hacen referencia al «cuerpo y al alma», así como de lo que filosóficamente se llama «las dos sustancias».

Para fundamentar sus asertos críticos, el autor trata del sistema nervioso, con las ideas enunciadas en la teoría del paralelismo y en la doctrina somática de las emociones, en que se apoya actualmente la parte más prestigiosa de la literatura de su país.

El autor ve hechos fisiológicos en las funciones psicológicas, aunque apartándose de todo materialismo estrecho y admitiendo que en los fenómenos aparecen dos órdenes de irreductibilidad é inconmensurabilidad.

Mucho es de alabar todo esfuerzo que se haga para dilucidar claramente las relaciones que existen entre lo psíquico y lo físico; pues este es uno de los problemas que más atañen á la explicación del individuo humano. Masci no menosprecia en modo alguno el método experimental, pues antes desconfía de las suposiciones metafísicas, que no pueden explicar por modo claro y evidente la composición de las sustancias, según él opina.

Después de tratar en ese punto de la causalidad física obrando sobre la causalidad psicológica, entra á discutir la conexión de las ciencias morales y las ciencias naturales. No se aparta, empero, de la especulación sobre principios, y no concluye en relatividades. La *objetividad* y la *continuidad*, según dice, no se reconocen como manifestación característica de la serie de fenómenos físicos: no admite, por ello, teoría alguna en que la realidad psicológica quede absorbida por el imperio de la realidad fisiológica. Sólo hay que completar la serie psíquica con la posesión racional de los hechos inconscientes.

Por lo que manifiesta Faggi, advertimos que actualmente se ha llegado á una especie de materialismo psicológico, entendiendo que la serie de fenómenos psíquicos depende y varía según la serie de fenómenos físicos. Los hechos psicológicos no pueden conocerse, en la esfera científica, si no es por su relación con el cuerpo, ó sea la fisiología. La observación interna no puede, por sí sola, fundar una ciencia psicológica.

El día 25 de Noviembre se inauguró en el cementerio de Montmartre una estatua á la memoria de Enrique Heine. La merecía de veras el delicado, profundo é irónico poeta alemán, que fué tan repudiado por la gente de orden. Pero muchísimo antes se la habían levantado ya innúmeros corazones, que hiciera él palpar con la emoción divina de su poesía. Si no ofrece la doble vista de un GOETHE, que llegó á las raíces más hondas de la vida humana, permítaseme la expresión, nadie ha sentido y comunicado como él las tristezas dolorosas.

Porque Enrique Heine, téngase ello muy en cuenta, escuchó las aspiraciones del alma popular y entrevió el arte social. ¿Quién no ha sentido el estremecimiento revolucionario de los *Tejedores de Silesia*, al leer esta composición?

Nadie impugnó, como él, la Alemania de la mojigatería. Sus anatemas son sangrientos y han hecho proverbial la ironía de los REISEBILDER.

Se le ha menospreciado tanto en su país, que justa es ahora la consagración de Francia, que ya le dió refugio en vida. Veneremos su genio, que á ratos llega á lo sublime del sentimiento,

Heine estuvo siempre en pugna con la sociedad burguesa. Acarreóle ésta innumerables sinsabores, disputándole la gloria con sus uñas quebradizas. Pocos poetas, como el

del *Intermezzo* han tenido tantos enemigos. No sólo se le excomunicaba en su país, donde sus obras eran poco menos que prohibidas, sino que hasta en la libre Francia vióse perseguido por la malevolencia y la difamación. ¡Cuántas injurias le echaron en libelos, periódicos y sermones! Se sacaron á relucir hechos de su vida privada, sobre la que se fantaseó vilmente. Muchas de las calumnias han llegado hasta nosotros.

Recientemente el eslavo Wizewa, ese correveidile de la *Revue des Deux Mondes*, sugirió la idea de que Heine ha hecho sólo obra de mistificación poética, por no haber vivido, en su opinión, los sentimientos que palpitan en sus estrofas. No nos detengamos á rebatir semejantes elocubraciones críticas. De ello cuidarán, por sí mismos, los siguientes versos de sus *Últimas poetas*, que se han grabado en alemán sobre la tumba de Mortmartre:

«¿Dónde hallará el viajero cansado el último lugar de reposo algún día?—¿Será bajo las palmeras, hacia el Sur? ¿O á la sombra de los tilos que costean el Rhin?—¿Me enterará en el desierto una mano extraña? ¿O descansaré en la arena de la costa?—¿Qué importal Estaré siempre rodeado de cielo por todos lados,—y encima de mi cabeza brillarán las estrellas como lámparas fúnebres.»

J. PÉREZ JORBA.

3 Diciembre 1901.

LA LUZ

Drama en cinco actos, por Maurice Donnay y Lucien Descaves

(CONTINUACION DEL ACTO SEGUNDO)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, MENOS ROSALÍA

ROS.—Es capaz de cometer una tontería.

CALAMARTE.—Deberías ver á su marido; ella tiene influencia sobre él.

ROS.—¡Ah!, su marido está muy lejos de sublevarse.

CALAMARTE.—Es verdad que él tiene poco con una cólera de dos meses; pero si, por ejemplo, ella estalla, arde la caja.

ROS.—Tienes razón. Voy á impedir ó á lo menos retardar la explosión... (*Sale, y en la puerta se encuentra á Elena.*) Buenos días, Elena.

ELENA.—Buenos días, señor Ros.

ESCENA IX

CALAMARTE, ELENA

ELENA.—(*Entra, y viendo á Calamarte disponiéndose á trabajar*): Dispense usted, señor Calamarte. ¿Le molesto?

CALAMARTE.—No, señorita; usted no me molesta nunca... ¿Viene usted de paseo?

ELENA.—Sí, vengo de pasearme por el campo con los niños.

CALAMARTE.—¿Ha hecho ya su clase?

ELENA.—¡Oh!, no me ocupo en darles clase. Por el momento les enseño á mirar lo que les rodea: los árboles, las plantas, las flores, los animales; les estimo á estudiar cuestiones que yo les explico lo mejor que puedo.

CALAMARTE.—¿Y son dóciles y escuchan á usted con atención?

ELENA.—No puedo quejarme; están llenos de buena voluntad y de afecto.

CALAMARTE.—Es que usted sabe enseñarlos.

ELENA.—Los amo. He ahí toda la pedagogía.

CALAMARTE.—La he visto salir esta mañana con los pequeños, con su vestidito y su sombrero negro adornado con amapolas; parecía usted una linda clueca que lleva los polluelos al campo... Tiene usted el aspecto de una persona feliz.

ELENA.—¿Cómo no serlo aquí? Y después, estos paseos con los pequeños es un gozo para mí. La campiña es tan bella ahora. Yo no la conocía; es para mí una revelación. He sido criada en Madrid en un cuarto miserable, sin luz y sin aire. Antes de venir aquí no sabía lo que eran los prados, los bosques; he aprendido la botánica en los libros sin haber visto un árbol ni una flor. No salía nunca, mi familia trabajaba toda la semana y hasta el domingo... He aprendido que el pan era una cosa muy difícil de ganar sin haber visto nunca un campo de trigo. Por esto me gusta tanto que los niños conozcan las cosas de que yo les hablo.

CALAMARTE.—Es como yo; he aprendido lo que era la libertad, la igualdad y la fraternidad sin habértas visto de otra manera que inscritas en las fachadas de los edificios públicos, y no soy el único para quien esos tres bellos sentimientos no representan más que tres palabras escritas en letras negras muy grandes.

ELENA.—Los niños que están aquí son más felices que nosotros, porque están en contacto con la Naturaleza.

CALAMARTE.—Sí... ellos ven las patatas y el trigo.

ELENA.—Ellos ven también la solidaridad, la buena voluntad, la ayuda mutua.

CALAMARTE.—¡Ah!, eso ya es otra cosa.

ELENA.—No obstante, me parece que yo lo veo bien.

CALAMARTE.—Sí... á usted le parece... y sólo hace tres semanas que está aquí.

ELENA.—¿Es usted escéptico, señor Calamarte!

CALAMARTE.—Sí, los compañeros también me tratan de escéptico, porque les digo que están en plena luna de miel. Aquí se me ha apellidado *El Amante*. En fin, de ellos y yo se verá quién tiene razón.

ELENA.—Pues yo no pienso como usted. Todo aquí me place y me seduce. Esta nueva vida me encanta... ¡Es tan diferente de la que llevé hasta ahora!

CALAMARTE.—Usted es como el tío Rafael, que encuentra que esto no es lo acostumbrado.

ELENA.—¡Si así lo quiere! Soy entusiasta de las teorías generosas de ustedes... admiro la invención que ponen en práctica, y esa religión nueva, porque es una religión, ó al menos la reemplaza, quisiera conocerla mejor.

CALAMARTE.—Pero usted debe conocerla cuando habla de ella con tanto entusiasmo.

ELENA.—No, me doy buena cuenta de que no sé nada, de que con mis diplomas sólo soy una ignorante y que todo lo tengo que aprender. Así, cuando usted conversa con el señor Ros, no comprendo muchas veces lo que ustedes discuten. Entonces quisiera estar iniciada en la nueva sabiduría, ¿comprende usted?

CALAMARTE.—La mejor iniciación es haber sufrido.

ELENA.—No basta eso. Precisa también iluminar su propio sufrimiento; de otra ma-

nera se sufre como las bestias, sin provecho para sí mismo. Pienso pedir á usted un consejo.

CALAMARTE.—¿A mí?

ELENA.—Sí, á usted; pero no se burle usted de mí. ¿Qué es lo que debería leer para estar al corriente?

CALAMARTE (*sonriéndose*).—Para estar al corriente... Ah!, hay muchos libros por leer. No faltan aquí. Tome usted, todo eso es bueno. ¡Y los que nos envían aún! Siempre tengo de escribir: «¡No enviéis más, que la biblioteca está llena!» Todos estos libracos, ve usted, atestiguan la desigualdad, el sufrimiento y la miseria humanas; ¡cómo si hubiera necesidad de ellos para comprobar esto! Pero nadie ha suministrado los medios prácticos para remediarlo. (*Adela, por la parte de fuera, se acerca á la ventana, mira á Elena y á Calamarite, que están de espaldas y no la ven; después desaparece.*)

ELENA.—Esto vendrá. Entre tanto, quiero instruirme, conocer los diferentes sistemas, las diferentes doctrinas.

CALAMARTE.—(*Se dirigen hacia los estantes donde están los libros.*) Tome usted; puedo indicar á usted algunos libros; pero le prevengo que esto no la divertirá mucho. *Mientras tanto escoge dos ó tres tomos.*

ELENA.—Divertirme, no; pero esto me puede apasionar. Además, ¿cree usted quizá que las mujeres no deben mezclarse en estas cuestiones?

CALAMARTE.—Con los camaradas precisamente siempre decimos que es menester ganar la mujer á nuestra causa; hay en ellas energías que se pueden utilizar.

ELENA.—(*Con exaltación.*) Lo han probado. Las hay capaces de morir por vuestra causa.

CALAMARTE.—¡Cómo dice usted esto! ¿Quisiera usted acaso ser una heroína, una mártir?

ELENA.—No se quiere ser una heroína ó una mártir... se es lo uno ó lo otro si las circunstancias lo deciden.

CALAMARTE.—Desconfíe usted en todo caso de querer representar una tragedia. El apostolado muchas veces es vecino del comediante.

ELENA.—No es esta mi intención. ¿Por qué me habla en estos términos?

CALAMARTE.—Dispense usted; pero puedo hablar así porque yo mismo he estado á punto de tomar graves resoluciones. Quise aterrorizar al mundo... para cambiarlo. Enervado de lecturas, obcecado en las doctrinas, anduve soñando, fijos los ojos en aquellos que han dado ejemplos violentos y famosos... Entonces deseaba imitarlos. He ahí por qué la digo eso.

ELENA.—¡Tranquílese usted! Yo no tengo tanta ambición: sólo deseo que no me falten las fuerzas para criar á mi hijo y poderlo después entregar á la causa de ustedes.

CALAMARTE (*la mira fijamente*).—Estas fuerzas no las puede usted encontrar en los libros, sino en sus recuerdos.

ELENA.—Prefiero no recordar nada... y porque temo el pensar es por lo que quiero tener el espíritu ocupado. ¿Qué quiere usted? Mi vida como mujer ha concluído.

CALAMARTE.—¡Oh! ¡concluído!...

ELENA.—Sí, no me hago ilusiones. Por esto quiero tener en qué ocuparme. No me importa emprender este ó aquel estudio, aunque prefiera uno al otro, porque á lo menos me permitirá ser útil. Y después, no quiero el fastidio en mi vida. No lo quiero. Es mal consejero y es peor enemigo.

CALAMARTE.—¿Ha conocido usted ya el fastidio?

ELENA.—Sí... cuando estaba en la escuela municipal del pueblo. Usted no puede imaginarse lo que es la existencia de una profesora en una pequeña población de provincia. A las cuatro de la tarde, después de la clase, ¿qué hacer? En verano, menos mal, se puede salir, tomar el aire; pero en invierno, que anochece temprano, ¿dónde ir? Se está sola en un cuarto triste ante un brasero que no calienta, se oye el viento en la chimenea, la lluvia contra los cristales. ¡Ah! esto no es alegre y las veladas parecen horriblemente largas. Entonces el fastidio os envuelve y os penetra en el cuerpo como una siniestra humedad...

CALAMARTE.—Sí, comprendo, y en uno de estos momentos apareció el hijo de Vernet y le... (*Tira violentamente sobre la mesa los libros que tiene en la mano.*)

ELENA.—¿Qué tiene usted?

CALAMARTE (*como vergonzoso*).—Nada, señorita, nada... dispense usted. (*Pausa.*)

ELENA (*tomando los libros de encima la mesa*).—¿Son éstos los libros que le pido?

CALAMARTE.—Sí, puede usted leerlos: son muy buenos. Sólo que los que los han escrito han partido de una idea falsa, no creyendo á los hombres buenos ni malos. Además, no han tenido en cuenta que habría hombres y mujeres en la sociedad misma que ellos sueñan, como los hay en la que ellos quieren destruir, y que entre estos hombres y estas mujeres habrá el amor, el amor origen de perturbaciones, discordias, envidias, rencores... en fin, diciendo el amor, está dicho todo. (*Se vuelve á su mesa de trabajo.*)

ELENA.—Me llevo los libros... cuando los haya leído los devolveré.

CALAMARTE.—Puede usted guardarlos tanto tiempo como quiera... aquí no se leen.

ELENA.—Hasta luego, señor Calamarte.

CALAMARTE.—Hasta luego, Elena.

ESCENA X

CALAMARTE Y ADELA

Calamarte permanece solo, pensativo; mira un momento á la campiña y luego vuelve al trabajo. Se oye una voz de mujer que canta:

Yo que siempre de los hombres me burlé,
yo que siempre de los novios me refí,
yo que nunca sus lisonjas escuché, etc., etc.

(Adela aparece en la puerta en el momento de cantar la última estrofa de la canción «yo que siempre refí»).

ADELA (*arrogante mujer, bastante bella y muy mujer sobre todo*).—Buenos días, Calamarte.

(*Se continuará.*)

EL ARTE DRAMÁTICO

En el teatro Español.

EL LEONCILLO, cuadro dramático histórico, en tres actos y en verso, de J. Antonio Cavestany.

Siempre fué peligroso buscar el éxito en los personajes de más relieve de la Historia, y este peligro ha aumentado en la época presente, tan lejos de aquella en que el honor se mancillaba por un quitame allá estas pajas, en que el valor hacía de las suyas por una

frase insignificante y en que la fidelidad del vasallo para con el rey era semejante á la del perro.

Cuando entre los actores y el público no se establece la corriente social y psicológica determinada por la unidad de sentimientos, de moral, de ética, mejor aún, por la unidad de los problemas generales que los contemporáneos llevan en la mente, el genio del autor y la intuición que de este genio han de tener los actores, resulta completamente inútil en el arte de producir la emoción estética; tan inútil resulta, que el público se echa á reír en el pasaje en que el autor cree que ha de llorar, como sucedió el día del estreno de *El Leoncillo*.

Aplauden hoy las obras de Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso de Molina, etcétera, aparte las bellezas de la forma, que en el drama, como en la vida, es lo de menos, aquellos espíritus refinados que hacen abstracción de lo que les rodea para considerar que lo que ven en la escena fué concebido por otros hombres y para otros espectadores. No puede pedirse este esfuerzo al público en general, ni ningún autor contemporáneo ha de exigirlo para sus obras.

Los dramas *exteriores*, que se manifiestan echando sapos y culebras por la boca, tirando con el brazo tajos y mandobles, ó gritando ¡villano y miserable!, no son para que los *sientan* hombres como los presentes, pobres de fuerza física, ricos de fuerza cerebral y nerviosa, y amigos de sufrir las amarguras en silencio.

Del drama del Sr. Cavestany podemos decir, además de lo que queda dicho, que ha sido escrito únicamente con el propósito de hacer versos, y los versos, aunque estén bien hechos, y la prosa, aunque sea galana, no constituyen ni constituirán nunca el elemento principal de una obra dramática, porque cuando uno se encuentra en circunstancias verdaderamente difíciles, aunque la tempestad que le azota no sea, como son casi todas en nuestros días, de orden moral y psicológico, no se encuentra en disposición de recitar poemas ni de hacer discursos literarios, que es para lo que sirve el verso sonoro y la prosa escultural. Cuando hay drama en el alma, no se piensa en hablar bien ni en hacer frases poéticas.

El Leoncillo carece por completo de acción dramática, y hasta de acción simplemente, aunque su autor lo haya bautizado con el nombre de drama.

Es más: si el Sr. Cavestany cree poseer condiciones de autor dramático, no conoce su propio espíritu. Y una de las cosas que demuestran más las escasas condiciones que para el drama reúne el autor que nos ocupa, es que no sabe qué hacer de sus personajes cuando los tiene en la escena. Allí se están sin hablar, y desde el momento que no hablan, es que no hay motivo para tenerlos en las tablas. En un drama, lo último que se puede dispensar es la falta de acción, precisamente porque la acción es vida, y el escritor que no sepa mover á la gente que exhibe, que no se meta á dramaturgo.

La evolución que el arte ha operado en la inteligencia del público, pondría á los actores en grave aprieto, si, por otra parte, la crítica ilustrada y psicológica no pusiera á disposición de aquéllos elementos de que carecían los autores antiguos. El espectador de hoy es más exigente que el de ayer, pero también el autor de nuestros tiempos dispone de una monumental obra de crítica, fuente inagotable de recursos estéticos y vivientes para el autor que desea poner su espíritu de investigación encima de todos los refinamientos artísticos de la multitud, ya que por algo es él la causa de la emoción del público.

Antes podía pasar sin censura que los personajes se presentaran en la escena cuando se hablaba de ellos ó cuando su presencia era menester, por una exigencia de la

pobreza artística del autor; hoy el público reclama más naturalidad, más arte escénico, mayor fidelidad en la reproducción de la vida; pero ni ahora ni nunca puede admitirse que un niño de catorce años cante el amor como lo hace Hernán, aun tratándose de un hijo de Carlos V, porque en el primer caso, el ataque se infiere al arte y en el segundo á la naturaleza humana, y para que evolucione el arte y el gusto basta con cincuenta años, mientras que para que evolucione la naturaleza humana, en la manifestación de sus pasiones, origen de la poesía, se necesitan muchos siglos.

Y nada más, que se trata de una simple crítica teatral, y no de un tratado de estética.

FEDERICO URALES

SECCIÓN GENERAL

La muerte de Pi y Margall

Fuí su discípulo. Niño aún, en el agitado período del 73, mi buen padre, federal *emra-ge*, dábame á leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo. Después, puede decirse que se moldeó mi cerebro con las doctrinas de Pi y con sus traducciones de varias obras de Proudhon.

No fuí federal mucho tiempo, pero siempre guardé y guardaré respetuosa admiración para el hombre y para sus ideas. Creo que ha sido en España el cerebro de la revolución, de las ideas genuinamente progresivas. A un lado sus peculiares puntos de vista, Pi tenía tan amplias concepciones, tan claras y precisas formas del pensamiento, tan cerrada y firme lógica, que ningún hombre sinceramente revolucionario podía desconocer su justicia, su probidad, su noble y severa y tranquila grandeza. Quieráse que no, su influencia traspasa los linderos de partido. Era Pi y Margall un verdadero genio de la revolución. Así ha tenido y tiene el aplauso de todos los revolucionarios; y los que no lo son doblan humillados la cabeza y se hacen lenguas de las cualidades personales del hombre, ya que no puedan, por un resto de pudor, reverenciar sus ideas.

Pero ¿á qué ponderar lo que está fuera de discusión?

Fué su muerte tan modesta como su vida. Si Bonafoux, con verdadero dolor, no halló en la prensa de París respecto de Pi lo que se prodigó á Cánovas, ¿qué importa? Con todas esas galeradas de menuda letra que duran un día, Cánovas, todos los que deben al éxito gubernamental un renombre, pasarán, pasarán pronto, olvidados del mundo. Pi y Margall quedará como una luz que nunca se apaga. Son las condiciones de un Pi, su labor tranquila pero porfiada, su lucha tenaz por los ideales, sin vanidades, sin ruidos, sin aparato, las que enseñan á los pueblos y los adiestran en el difícilísimo arte de ser dignos de sí mismos.

Sus ideas filosóficas, más que políticas, perdurarán en el pueblo español como verbo de la revolución venidera. Sin los compromisos de partido, Pi hubiera sido el hombre de todos los revolucionarios.

Su muerte producirá en el seno de la política española una gran descomposición. No se apaga en vano la voz del justo.

Mantén Pi con su ejemplo, con su firmeza, con su sencillo y diáfano razonar, con

su gran consecuencia y su tenaz carácter, al partido federal virgen de las concupiscencias políticas. Manténgalo á una altura digna de él, única esperanza, en lo político, de redención para el país.

Pero, y perdónenme los federales sinceros, ¿continuará el partido las tradiciones de aquel grande hombre?

A muchos de aquellos he oído distintas veces afirmar que la muerte de Pí sería la muerte del partido federal.

Creo que, en efecto, el federalismo no será ya en España lo que fué. Hay demasiadas concomitancias políticas alrededor de la idea federal, y demasiada confusión en el campo de la democracia, del autonomismo, del regionalismo, para que el ideal filosófico por excelencia se conserve puro en las alturas á que lo llevara el que acaba de morir. Hay, además, pocos hombres del valer y de la fé y de la perseverancia de Pí y Margall, poco de ese gran espíritu de justicia que le animaba para que el federalismo continúe ofreciéndose como el paladín de lo venidero.

Creo más; creo que la muerte de Pí influirá asimismo en los demás partidos avanzados, incluso el socialismo y el anarquismo. Se ha roto una fortísima anilla de la cadena revolucionaria. Pí tenía ideas socialistas y anarquistas. Pese á los buscadores de nimiedades, á los espíritus cortos de entendederas ó raquíuticos de horizonte, Pí no hacía obra de partido, menos obra de sectario. Y si su ideal no cristalizó en una forma cerrada de las varias que sirven de comodín para ahorrarse el trabajo de estudiar y pensar por cuenta propia, tendió, en cambio, sus vigorosas raíces por todo el campo del revolucionarismo. He ahí por qué era el verbo y sustancia de las ideas nuevas aun no comulgando en ellas, con el debido encasillamiento.

¿Qué era jefe de un partido y que como tal procedía? En mil cuestiones no fué jefe ni hombre de partido. Sus obras mejores son obras de filosofía puramente revolucionaria, sin dogmas, sin convencionalismos, de una sinceridad verdaderamente ejemplar.

Sin que piense yo que ningún hombre es indispensable, no puedo ni quiero prescindir de la consideración de que son los hombres instrumento cuando menos, actores muchas veces, en el desenvolvimiento de la evolución humana. Producto del mundo en que viven, son, al propio tiempo, factores del mundo que viene. El dogmatismo del medio ambiente me es tan repulsivo como cualquier otro.

Y he ahí por qué creo que la muerte de Pí y Margall alterará la situación política del país afectando á los partidos más avanzados.

La disgregación del partido federal es fatal á la corta ó á la larga. De él se nutrieron antes las filas del socialismo y del anarquismo. De él se nutrirán ahora por qué quedará de Pí su obra filosófica y perecerá su obra de partido. Los federales sinceros, los que aprendieron del jefe las ideas generosas de redención humana, se desprenderán del federalismo político como se desprende del árbol la fruta madura. Los federales *políticos*, los que llevan del federalismo no más que las formas exteriores y el pensamiento *mecánico* de su funcionalismo, irán á formar tal vez nuevos grupos con sus afines los demócratas descentralizadores y los regionalistas. *Aburguesarán* el partido, y tendremos un núcleo más de aspirantes á hacernos dichosos por medio de la panacea legislativa y gubernamental.

Hace tiempo que esta descomposición viene iniciada en el partido federal. Sólo la gran autoridad moral de Pí ha podido contenerla. Ahora saldrá á la superficie sin que nada ni nadie pueda contenerla.

La consecuencia no será dañosa para las ideas revolucionarias. Las afinidades de an-

tigo reveladas entre ciertos elementos federalistas y los anarquistas, reforzarán ahora la tendencia más radical del socialismo. Bien venidos sean los que, inspirándose en el maestro vengan á nosotros con sinceridad, con nobleza, perseverantes para la lucha.

De Pi y Margall han aprendido muchos, aprenderán, deberán aprender no pocos á ser dignamente revolucionarios, espíritus sobre todo justos, sin soberbia, sin aparato, sin vanidad. Y esto en todos los partidos de la revolución, socialistas ó anarquistas. Porque de estas condiciones, que apenas dan nombre, que no ocupan ni el tercio de una columna de periódico, que no ensordecen á las gentes con la alabanza sin medida y el aplauso sin tasa, que no atormentan á las generaciones con la logorrea fastidiosa y cansina de la elocuencia de plazuela, de estas condiciones, digo, son los hombres que en verdad consagran su existencia al bienestar de sus semejantes.

RICARDO MELLA.

Fisiología del libertario

El 26 del último Junio se conmemoraba en la República Argentina el 80 aniversario del nacimiento de D. Bartolomé Mitre, cuya figura histórica es una de las más sobresalientes de aquel país, sobre el que ha influido directamente en el sentido de su cultura, siendo innegable que dicho ciudadano ha representado y representa aún la opinión más sana y más ampliamente liberal que se ha permitido, dentro del círculo de hierro de la política, en las modernas sociedades.

Fué una apoteosis de popularidad que pocos hombres habrán alcanzado en vida y á ella contribuyó, en primer lugar, el diario *La Nación*, de Buenos Aires, al que ningún otro aventaja en lo escogido de su colaboración, y el que, sin abandonar el criterio burgués, ha tratado con menos prejuicios y con más independencia las cuestiones que afectan á las luchas del proletariado y las teorías de los modernos ideales, particularmente mientras estuvo bajo la dirección del periodista uruguayo D. Julio Piquet.

En la referida edición del 26 de Junio, publicó *La Nación* un precioso artículo con el epígrafe «Fisiología del general Mitre», que lleva la firma del distinguido doctor argentino D. Antonio F. Piñero, en el cual se hace un estudio de Mitre, considerado como individuo humano, del que resulta probada la superioridad de su constitución fisiológica. La lectura de dicho trabajo nos indujo á considerar que, sin estar revestidos de la aureola del genio, ni gozar de apoteosis populares de héroe legendario, existen individualidades cuyo valor social intrínseco, si así puede decirse, está al nivel, cuando no lo traspasa, del que representa el organismo del Sr. Mitre.

Estas individualidades superiores se hallan entre los obreros libertarios entregados á la propaganda y á la lucha por el ideal emancipador.

Empecemos por observar que el Dr. Piñero emplea sus brillantes dotes analíticas en el estudio de un tipo «vencedor» en todos terrenos, de un tipo cuyos victoriosos éxitos son debidos, no tanto á sus cualidades fisiológicas como al ambiente humano, de suyo favorable, donde se ha desarrollado su actividad.

Esa potencialidad congénita de las células nerviosas que forman un temperamento vigoroso con gran capacidad para el trabajo y extraordinario poder de perseverar en el esfuerzo, propios del genio; esa potencialidad de desenvolvimiento moral é intelectual, presentando los caracteres más importantes del hombre superior: «contracción al trabajo, fuerza de atención, voluntad vigorosa, el incentivo de una curiosidad insaciable, el amor

á los grandes horizontes, á las altas cumbres y el poder de ver claro al través de la bruma, cuando las inteligencias comunes se confunden y desorientan»; todas esas cualidades que el Dr. Piñero halla al hacer la psico-fisiología del Sr. Mitre para probar científicamente la superioridad de su organismo, dotado con los atributos del genio, todo eso, repujado con particularidades más sobresalientes aún, las hallaría el sabio doctor si sometiera á su estudio la personalidad de numerosos obreros anarquistas, cuyo vigoroso cerebro sigue mantenido por una robusta longevidad.

Esos héroes anónimos constituyen organismos realmente superiores, porque sus éxitos son impersonales y muchas veces están en razón inversa del esfuerzo empleado para obtenerlos; los buenos resultados de una acción se desvanecen entre el medio social donde viven, siempre adverso; la popularidad no se toma en cuenta ni se busca por el luchador libertario. Esta es la razón porque existiendo muchos de ellos no son conocidos por los sabios especialistas en ciencias psico-fisiológicas.

Hay una circunstancia capital que prueba la potencialidad superior de los luchadores á que me refiero. Es el asfixiante ambiente social y fisiológico en que se desenvuelve su personalidad y se desarrolla su organismo.

Mientras que Mitre, desde muy joven, podía contar ya con la subsistencia asegurada, hasta con ciertas amenidades de lujo y confort, nuestros luchadores, salvo rarísimas excepciones, no pueden contar más que con el salario cotidiano, insuficiente é inseguro, amenazados constantemente por un *mañana* hambriento y frío.

La conquista del pan diario quita á esos luchadores un cincuenta por ciento de sus energías; no siendo esta sola, sino varias las causas que restan energías y suprimen fuerzas á esos intrépidos coraceros del sol, que combaten magnánimamente por un ideal humano.

Los fogocitos que acorazan la vida del obrero libertario están dotados de una potencialidad congénita aún superior á los que particularizan un organismo tan robusto como el de Mitre. En la profundidad de los tejidos de este organismo halla el fogocito siempre elementos de nutrición abundante y sana que le han permitido conservar una reserva de latentes energías, gracias á las cuales pudieron, en momentos críticos, vencer al bacilo de la tuberculosis y á los de otras enfermedades epidémicas, pero el fogocito, y en general el elemento histológico de un organismo perteneciente á una persona proletaria, de éstas cuya vida representa una formidable lucha contra todo lo deletéreo, tanto material como moral, así fisiológico como social, conserva una fuerza biológica que coloca al organismo defensor en el primer lugar de los de la especie, formando la élite de estas individualidades, miradas exclusivamente bajo el aspecto de producto natural.

El micrófago *proletario* no puede hacer reserva de energías, porque su lucha es continua, incesante y además múltiple: su terreno de combate está constantemente ocupado, no solo por las lencomainas, sí que también por los microbios patógenos de innumerables especies que invaden dicho terreno, debido á que el organismo que tiene para defender recibe una alimentación defectuosa y nociva, pues nocivos y defectuosos son la mayor parte de artículos que el proletario saca del mercado y del tenducho para su nutrición. Añádase á esto la atmósfera donde dichos organismos viven, saturada de miasmas y productos venenosos, ya en el taller y la fábrica, ya en el hogar. Y si se tienen á la vista estas condiciones, tan contrarias á aquellas en que suelen vivir los *intelectos* pertenecientes á las clases metálicamente elevadas, se comprenderá que la potencialidad congénita de las células nerviosas de nuestros luchadores, la importancia del trabajo colectivo de todos los elementos nerviosos de estos individuos que han alcanzado una edad

longeva, excede extraordinariamente á las cualidades análogas de que están dotados los genios salidos del campo burgués.

Nótese que pluralizamos con toda intención, porque estos seres, cuya fisiología coloca á su individualidad en los peldaños más elevados de la especie humana, pueden contarse por docenas, cuando no por centenares, entre los obreros libertarios.

Un caso práctico, de los muchos que he visto y de los innumerables que existen, puede probar la exactitud de nuestras anteriores afirmaciones.

Vive en Buenos Aires uno de estos obreros á que me refiero, á quien en su modesta apariencia nadie descubriría á una de las inteligencias que más han influido y mejor papel han jugado en el movimiento obrero emancipador y libertario de la región española. Ha pasado vicisitudes, persecuciones, luchas y situaciones extremadamente críticas, prestando siempre su activo concurso en pro del Ideal y atendiendo á las necesidades del hogar, sin dejar el trabajo ni abandonar nunca el taller. Habita en una pieza que no tiene mas abertura que la de entrada; sus dimensiones son aproximadamente de 6 por 8 metros, y en ella hacen vida las cuatro personas que constituyen la familia. Durante años este obrero, que está cerca de los sesenta, ha tenido que esforzar extraordinariamente su organismo para atender á las necesidades de aquéllos, trabajando de día y de noche, en ocupaciones que requieren extraordinaria atención. En las mejores condiciones de fatiga, aunque no económicas, trabaja nueve ó diez horas diarias, teniendo que salvar grandes distancias para ir y venir del taller, con lo que pierde otro par de hora:

Obsérvese cuán diferente es ese trabajo sostenido, obligado, esclavo, al que llevan á cabo los *genios*, voluntariamente, con toda comodidad y siguiendo los impulsos de su placer. Pues bien, este obrero, modelo de dignidad y altruismo, como son generalmente los que se dedican á la propaganda de ideales libertarios. después de haber pasado una existencia muy trabajada y de estar sometido á una habitación y á una nutrición asaz precarias, todavía le restan energías para emplear tiempo, sosteniendo correspondencia con sus amigos, y para escribir sendos artículos, notables por la fuerza de lógica y por la claridad del raciocinio, propagando los más generosos ideales en la prensa anarquista.

Quisiéramos ver al ciudadano Mitre y á otros que, con mayor ó menor certeza, pasan por lumbreras en la moderna sociedad humana, en análogas condiciones de vida á la del obrero que, como ejemplar de muestra, hemos citado, y entonces seguramente que los envidiables fogocitos que tan valientemente han defendido la salud del respetable anciano y la potencialidad congénita de las células nerviosas que contiene su organismo, hubiéranse debilitado y cedido más fácilmente al exceso de fatiga, oponiendo menos resistencia á los elementos patógenos que acabaron con el individuo sin duda mucho antes de que pudiera contar las ochenta traslaciones de nuestro planeta alrededor del astro Sol.

En suma, mi objeto es llamar la atención de la importancia que para la ciencia fisiológica ofrece el estudio del obrero literario propagandista y amante del ideal, considerando solamente como producto natural, como individuo de la especie á que pertenece, estudio llevado á cabo sin prejuicio ni preocupación de ninguna clase y con la diafanidad del criterio realmente científico, ya que la *variedad* á que aludimos es completamente desconocida para muchos sabios y especialistas, algunos de los cuales se les clasifica entre la eminente categoría del genio.

J. BARCÓN OLESA.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

- L'Humanité Nouvelle*.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neully-sur-Seine.
- Revue Franco-Allemand*.—45, rue Custine XVIII^e, Paris.
- El Obrero Albañil*.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.
- Freedom*.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.
- Les Temps Nouveaux*.—Rue Mouffetar, 140, Paris.
- La Protesta*.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.
- La Defensa del Obrero*, Gijón.
- El Obrero*.—Badajoz.
- La Protesta Humana*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.
- El Nuevo Ideal*.—Maloja, 172, Habana.
- El Rebelde*.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.
- La Questione Sociale*.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).
- El Obrero*.—Calle Mejico, 3.376, Buenos Aires.
- El Despertar*.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).
- L'Avenir Sociale*.—Messina (Italia).
- La Campaña*.—Correo, 5, Santiago de Chile.
- La Voz de la Mujer*.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.
- A Obra*.—Rua do Norte, 165, Lisboa.
- La Aurora*.—Minas, 117, Montevideo.
- L'Università Popolare*.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).
- L'Education Liberaire*, rue Reuilly, 3, Paris XII^e.
- Le Reveil des Travailleurs*, rue Monulphe, I, Liège (Bélgica).
- La Alarma*, Sardá, 33, Reus.
- L'Emancipation*, 30, Chaussé Saint Pierre, Bruxelles.
- El Obrero Moderno*.—Balsas, 3, Murcia.
- L'Avenir*.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.
- Germinal*.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.
- Le Reveil*.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).
- El derecho á la vida*.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.
- L'Agitazione*.—Casella Postale, núm. 299, Roma.
- El Acrata*.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.
- La voz del esclavo*.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.
- Palestra Social*.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).
- Federación*.—Box, 81, Tampa Flá.
- El Productor*.—Provenza, 35, 2.º, 2.ª Barcelona.
- Tribuna Libertaria*.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.
- L'Aurora*.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)
- Ontwaking*.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).
- Neues Leben*.—Adalbert Str., 99, Hof, I, 49-II, Berlin, S. O.
- Fraternidad Obrera*.—San Fernando, 70, Cartagena.
- El Cosmopolita*, Panaderos, 18, Valladolid.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA



PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.